

PEDIGÜEÑOS

Ante la perspectiva de la vuelta a una cierta normalidad, las fuerzas vivas de la riqueza se están moviendo. Nunca han dejado de hacerlo, pero ahora empiezan a mostrarse en público. En lo más duro del confinamiento les interesaba estar callados. O hacerse ver con obras de caridad para quedar bien con la concurrencia. Pero ha llegado el momento de tomar posiciones y ya empezamos a sentir sus voces y sus amenazas. Como las que ha recibido, de parte del poderoso lobby del automóvil, la concejala de Barcelona Janet Sanz, por atreverse a recordar lo obvio: que la ciudad debe apostar por el transporte público, la bicicleta y el caminar.

Lo que van a pedir todos es un rescate. Que el estado les compense por lo que han dejado de ganar. Algunos ya lo han conseguido. La Generalitat de Catalunya, siempre escorada a favor de lo privado, ha decretado una retribución generosa y por adelantado a la sanidad privada. A pesar de que su papel en la pandemia ha oscilado entre lo secundario y lo indecoroso (como lo de hacer pruebas del virus a quien pudiera pagar- de 130 a 300 euros, según fuentes- aunque no fuera grupo de riesgo ni tuviera síntomas). Pero son sólo los primeros, la lista será larga y ya empieza a aflorar: hoteles y restaurantes (estos ya han avanzado su petición de que la vía pública quede disponible para más espacio de terrazas), del automóvil, comerciantes, del espectáculo.... Esto del capitalismo tiene guasa. Sus defensores (entre mis colegas de profesión hay muchos que lo han convertido en una casi religión con sus dogmas indemostrables y su preferencia por el adoctrinamiento, con su sectarismo) alegan que la empresa privada y el mercado son la única forma de garantizar la eficiencia y el bienestar universal. Que la competencia es el principal instrumento para garantizar que todo el mundo sea eficiente. Y que dar ayudas a la gente solo sirve para crear vagos, dependientes e inútiles.

En la pandemia hemos podido ver la inutilidad del mercado. El sector público con todas sus deficiencias es el que ha salvado vidas y ha ofrecido ayudas, aunque insuficientes, pero reales a mucha gente. El "mercado" ha sido incapaz de suministrar bienes necesarios para hacer frente al problema. Más bien ha mostrado su cara más atroz en forma de vendedores de productos de mala calidad, de especuladores con lo básico. Y cuando el mundo empresarial ha ofrecido alguna respuesta está se ha basado mucho más en la cooperación que en la competencia. Y ahora son estos los que denigran de las ayudas (por ejemplo, la CEOE oponiéndose a la renta básica) los que piden para ayudas masivas para ellos. Es lo habitual, lo han hecho siempre. Cuando en Catalunya nos quejamos de los recortes de gasto sanitario como fuente de parte de los problemas sanitarios, nos olvidamos del chorro de dinero público que se destinó a salvar fiascos de la sanidad privada como el Hospital General de Catalunya, la Alianza o la Policlínica del Vallés.

No habrá dinero para todos. Y debemos ya a empezar a exigir que el que llegue cumpla tres criterios básicos:

- 1) que vaya primero a la gente más necesitada (ahí podemos incluir pequeñas empresas y negocios autónomos)
- 2) que el destino de la ayuda pública se decida en un proceso de debate público y esté orientado a crear las bases de un mundo diferente del actual
- 3) que el dinero público que llegue al mundo empresarial este condicionado al cumplimiento de condiciones estrictas y estén bien definidos los procedimientos de control.

Son demandas muy modestas. Podemos pensar otras más radicales. Pero si no conseguimos que se cumplan estaremos de nuevo a ser víctimas de otra gran estafa colectiva, como la que padecimos en 2008-2012